



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

**Núm. 19.**

JUEVES 17 DE JULIO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de más de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

**4 CUARTOS EL NÚMERO.**

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

**Tom. I.**

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 24 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO-CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

LOS FERROCARRILES. — LA MUJER DE SU CASA por Martínez Pedrosa (Continuacion). — EL JAPON: Su idioma, sus ciencias y su literatura. — LA ARMERIA REAL (Conclusion). — EL CABALLO (Conclusion). — LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS VIVIENTES: Las serpientes. — LOS CEPES DEL LIBANO, por Jorge Robinson. — DECLARACION AMOROSA, por R. Z. — MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON, por Adela. — CANTARES, por Augusto Ferrán. — PENSAMIENTOS.

## LOS FERRO-CARRILES.

Inglatera fue la cuna de los caminos de hierro.

A mediados del siglo XVII se empleaban en Newcastle, para el transporte de los productos de sus minas de hornaguera, unos grandes carros montados sobre cuatro ruedas y tirados por caballos, que rodaban sobre dos líneas paralelas de tirantes de madera tendidas sobre travesaños de lo mismo, desde la boca de las minas hasta las orillas del Tyne.

Este sistema se extendió bien pronto á los condados de Durhan y de Northumberland, y algunas otras provincias de Inglaterra, y de allí el origen de los caminos de hierro.

La falta de resistencia y la poca duracion de las líneas de madera, hicieron concebir la idea de cubrir estas con planchas de hierro en sus curvas y pendientes mas pronunciadas.

Reconocida la ventaja de las planchas de hierro, empleadas de ese modo, por mas de sesenta años, se pasó á estenderlas por toda la superficie del camino, y mas tarde á suplantar madera con barras de hierro colado.

Esta importante innovacion tuvo lugar en 1738, pero no se generalizó ni adoptó definitivamente por la falta de resistencia de las barras de hierro colado hasta el año de 1768 en que el ingeniero William Reynold salvó ese inconveniente reduciendo los carros de transporte, que, como ya hemos dicho, eran muy grandes en los primeros tiempos.

Las carrietas de hierro empleadas por Rey-

nold eran acanaladas en forma de polea, por un doble borde destinado á fijar y mantener la rueda de los carros, y de ellos salió el nombre de ferro-carriles (railway).

En 1789 reemplazó M. Jonssop en el camino de Loughborough las carril-ras acanaladas con las planas, y se ideó el bicele de las ruedas, que se usa todavía para que estas se ajusten y sigan su curso invariable sobre la vía férrea.

De 1789 hasta 1811, todos los carriles empleados en Inglaterra para el servicio de las minas, se construyeron de ese modo, sin mas alteracion que la adopcion del hierro maleable, hecho posible por los adelantos alcanzados por entonces en su fabricacion.

Ya existía un número considerable de caminos de hierro contruidos de ese modo en los distritos mineros de Inglaterra cuando Frewithick y Vivian obtuvieron el privilegio de aplicar el vapor á la locomocion de las vías férreas.

Esto fue en 1804, y entonces apareció la primera máquina locomotora sobre un ferro-carril. El ensayo se hizo en el de Merthyr-Tydfwill en el país de Gales; la máquina no remolcaba mas de 10 toneladas de peso, y como se creyera que la falta de adhesion de las ruedas á los carriles opusiera un obstáculo invencible al empleo de máquinas mas poderosas, se propuso hacer unas ranuras transversales á las llantas de las ruedas ó guarnecerlas de clavos, y despues, en 1811, se ideó poner en el medio de la máquina una rueda con dientes que se iban agarrando á una plancha picada y colocada entre los dos carriles principales.

En 1813 demostró Blackett que el peso de las máquinas locomotivas, era bastante á determinar por sí sola la adhesion de la rueda á los carriles y hacer marchar los trenes mas pesados; y un año despues, construyó Georges Stephenson la primera máquina de vapor, que con un verdadero y decisivo resultado corrió sobre los carriles de hierro.

Por este tiempo que llamaremos su primer período, empezaron los ferro-carriles á pres-

tar algun servicio á la industria multiplicándose, y trasportando á tiro de caballo la ulla, y ciertas mercancías; pero no habiéndose logrado todavía andar con el vapor sobre los carriles á mas de legua y media por hora, nada anunciaba los prodigios que la aplicacion de esa fuerza á las comunicaciones y á los transportes terrestres habia de llegar á realizar.

Y así se mantuvieron, con poca diferencia, la construccion y el prospecto de los caminos de hierro, hasta el año de 1829 en que se operó en ellos una completa revolucion, y se abrió en ellos el segundo período de su existencia.

Esta revolucion la produjo una simple modificacion hecha en la forma de las calderas de las máquinas locomotivas. El descubrimiento de la caldera tubular dió á las máquinas la posibilidad de alcanzar una velocidad de doce leguas por hora sobre la vía artificial de los carriles, y la gloria de ese descubrimiento parece pertenecer á M. Seyuin, ingeniero francés y director entonces del ferro-carril de Saint-Etienne.

Georges Stephenson fue sin embargo el primero que aplicó á las máquinas locomotivas las calderas tubularias, y en el año de 1830 se abrió con una de ellas el primer ferro-carril destinado al transporte de los viajeros, el cual se construyó entre Siverpool y Manchester.

La explotacion de ese camino fue bastante á demostrar en poco tiempo todas las ventajas de una rápida locomocion, y en Inglaterra, donde el público se apodera con tanta prontitud de las invenciones industriales, se estrevió muy claramente desde luego el inmenso porvenir de esa nueva vía destinada á cuadruplicar la velocidad ordinaria de las comunicaciones.

En 1832, es decir, dos años despues de la apertura del camino á que nos acabamos de referir, se puso la primera piedra del de Londres á Birmingham, y en 1834 Sir Robert Peel inspiró al pueblo inglés la idea de esa red de carrilerías de hierro que cubre el suelo de la Gran Bretaña, con estas notables palabras: «repito



es indispensable establecer las comunicaciones al vapor del uno al otro extremo del reino, si la Gran Bretaña quiere mantener su rango, y su reputación en el mundo.»

Nada se ha cambiado en el principio de la construcción de las máquinas locomotivas desde 1829 hasta la fecha, y si las que hoy se usan son mucho más poderosas que las de entonces, débense al aumento de las dimensiones y á la mayor perfección en la ejecución de los detalles.

Si la historia de lo pasado puede servir para juzgar del porvenir, si se tienen en cuenta los progresos de las ciencias y de las artes, y si por ellos y por el espíritu de empresa que se ha apoderado de todos los pueblos, se calcula el desarrollo que en lo venidero debe darse á la construcción de los ferro-carriles, fácil es con- cebir que en un período más ó menos remoto, habrán destruido estos hasta la idea de patria, que será la última que divida á los hombres, creando una patria común en que todos tengan el mismo interés y todos se hablen el mismo idioma.

## LA MUJER DE SU CASA.

(CONTINUACION.)

### II.

A las doce de la mañana del siguiente día, Lagarza tipo de los elegantes de Madrid des- hauciado por la fortuna, esperaba impaciente en la antesala del banquero Abella, resignado con su suerte, y ahogando la altanería que tan- tas veces se le había escapado hasta por los ojos. La senda del pretendiente en Madrid, se halla erizada de contrariedades y de porteros. Uno de estos seres rogó al joven ex-rico que se sen- tara en tanto que su señor podía recibirle; La- garza obedeció por la primera vez de su vida á un inferior suyo y después de dos horas de an- siedad, Abella se presentó á su vista.

—Traigo esta carta, le dijo, entregándole un papel.

—Esperaba esta visita. La persona que le recomienda á V, y á quien deseo servir, me habló hace días de sus circunstancias. Dígame V. El banquero condujo al joven al escritorio de la casa.

—Haga V. el favor de escribir dos líneas en este papel.

Aristides tomó la pluma y obedeció.

—En esta palabra falta una hache añadió aquel; pero la práctica le hará á V. perfeccionarse en la ortografía. ¿Sabe V. francés?

—Sí señor; también hablo el italiano.

—Perfectamente; despachará V. en mi casa desde mañana la correspondencia extranjera. Ganará V. cuarenta duros mensuales. ¿Está V. conforme?

—Sí señor.

—Pues nada más, y dirigiéndose á un hombre grueso rechoncho y colorado que escucha- ba atentamente le dijo: Entere V. al señor La- garza de las prácticas de mi escritorio, y des- apareció después de haber inclinado ligeramente la cabeza.

La vida del hombre está sembrada de sensa- ciones á cual más distintas, las que al mal nos conducen dejan la huella del remordimiento en nuestra conciencia, las que nos aproximan al bien impresionan dulcemente á nuestro cora- zon. Aristides bajaba preocupado las escaleras de casa de Abella, meditando en su porvenir. La advertencia del banquero acerca de su or- tografía había resentido su amor propio y es- tuvo á punto de producir una brusca réplica del joven, pero después reflexionó, avergon- zándose de su ignorancia. Si él hubiera cono- cido aquellas profundas palabras de Santa Te- resa, cuando dice: *La tierra que no es labra- da, llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil: así el entendimiento del hombre*; se hu- biera ruborizado doblemente pensando en el tiempo que había malgastado en los primeros años de su juventud. Hubiera comprendido que

al dejarse arrebatar por el huracán de los pla- ceros, cual inesperto piloto que fia su nave á los vaivenes de las olas, no podría sujetar el apetito desordenado de las pasiones, amorti- guándose en tanto la luz de su inteligencia, por no tener jago con que alimentarse. Hubiera podido entregarse alguna vez á la meditación, fortificando su entendimiento con la lectura, cultivando su imaginación con el estudio, de- leitando su espíritu y purificando su corazón con las máximas de los buenos libros. Pero ya se ve, Lagarza vegetaba en el café Suizo, en el paseo de la Fuente Castellana, en el teatro de la Zarzuela y en la fonda del Cisne, y cuando tornaba á su vivienda era para entregarse al sueño, para preguntar si le había llevado las camisolas la planchadora ó para remudarse la lustrosa bota de charol. He aquí algunos rasgos característicos de la civilización cortesana del siglo XIX!

El arrepentimiento es un don precioso que ha legado la providencia para los días de infor- tunio. Aristides luchaba aun con los deliciosos recuerdos de sus pasados albores, pero su vo- luntad se había encorvado á los rudos golpes de la desgracia y al encontrarse en la calle después de su breve entrevista con el banquero, se halló completamente regenerado. Hay momentos en que el alma más gastada recibe alguna ins- piración de la virtud. La del joven, que había recobrado la bondad de su primitivo ser, oyó una voz misteriosa que le gritaba «aun puedes ser feliz.» Lagarza abrió sus sentidos á aquella emanación de la verdad é intuitivamente com- prendió toda la grandeza que encerraba tan feliz augurio. Aceleró su paso y sin darse cuen- ta á sí propio del punto á que se dirigía, se halló pocos momentos después llamando á la puerta de la casa de su nodriza.

—Soy yo, abuela, abrid, abrid! exclamó el joven regocijado.

—¿Le has visto? le preguntó la señora Ana, sin poder dominar su impaciencia.

—Sí.

—¿Estas satisfecho?

—Sí; ya casi soy feliz, mi buena madre! He sido admitido en la casa de Abella. Tengo suel- do, voy á ganarme yo mismo la vida. ¡Qué venturoso soy! Albricias, albricias! exclamó la anciana deleitándose con tan fausta nueva. Voy á decir á María que te traiga algo de almorzar. Pobre hijo mío, todavía estás en ayunas!

—Sí, pero la ruego á V. que no la diga nada acerca de mi asunto.

Deslizóse hacia la cocina la señora Ana y apareció María con el modesto servicio de la mesa, ostentando sobre sus cabellos una flor de invierno que aun se mantenía fresca.

—Buenos días Aristides.

—María, tenemos que hablar, la interrumpió el joven turbado.

—Diga V... ¿hay buenas noticias?

—¡Ah! no quisiera que Ana, sorprendiera mis palabras.

—Pero Dios mío, ¿de qué se trata? dijo la joven, con infantil curiosidad.

—María, tengo que confiarla á V. un secreto.

Habría hallado buena acogida en casa del banquero, pensó la joven.

—Vengo de casa de Abella; dijo á media voz Lagarza, como si quisiera aparentar indife- rencia.

María temblando, murmuró, ¿y que le ha dicho á V...?

—La entrevista no me ha satisfecho del todo. Sin embargo, Abella me ha dado esperanzas.

—De veras?

—Acaso dentro de poco tiempo pueda obte- ner empleo en su casa, pero no es esto lo que me importa.

—¿Pues que ocurre? Me llena V. de impa- ciencia.

—María, mañana debo abandonar esta casa. Lo he resuelto porque un deber me lo aconseja. De un momento á otro espero á un amigo que viene del extranjero y debe traerme un auxilio. Harto he vivido á espensas de ustedes y me avengüenzo del tiempo que aquí he permane- cido gravando esta casa...

La niña se ruborizó al oír aquellas palabras. Aristides, le dijo: V. no debe nada á mi abue- la. Ella no ha hecho más que pagar al hijo los beneficios que debía á sus padres de V... en cuanto á mí...

Lagarza bajó los ojos abrumados por el peso de la gratitud hacia aquel ser tan desinteresado. A V. María, no tengo con que pagarla lo que la debo. Me ausento de aquí, por que con mi estancia en esta casa alimentaría infames sospechas y...

—¡Es forzoso! objetó María tristemente.

Aristides enmudeció, lanzando á la huérfana una mirada interrogante y profunda. Una mi- rada de esas que podían servir de asunto para un poema, de salvación para un condenado, ó de aureola de gloria para un poeta y encon- trándose aquella mirada con la de la casta joven, á cuyo enlace se evaporaron las almas de am- bos para condensarse en una sola, Lagarza exclamó:

—María, ¿quiere V. darme esa flor?

La niña guardó silencio y de preñiéndola de su cabeza, se la entregó al joven acom- pañada de una angelical sonrisa.

Aristides se llevó maquinalmente la flor á los labios murmurando:

—¡Te amo, María! ¿y tú, me amas tam- bien?

Ella dejó escapar á sus labios un balbucien- te sí.

Entonces el joven dando á sus palabras la ex- presión de la verdad que sentía arder en su co- razón la dijo. La había á V. engañado. Ya ten- go medio de ganarme la vida. He sido admitido en casa de Abella. Voy á poder vivir indepen- diente á costa del sudor de mi rostro. Recuer- do las palabras de la Biblia que V. trajo un día á mi memoria, ¡bendito sea Dios!

María temblorosa como la hoja mecida sua- vemente por la brisa de una tarde de otoño, no pronunció siquiera una palabra, pero de sus ojos se desprendieron dos gruesas perlas. Las almas que saben sentir no necesitan va- lerse de la lengua, que muchas veces hace traición á las emanaciones de la verdad. ¡Ade- más no hay razón más persuasiva que el len- guaje mudo del corazón!

En esto apareció la anciana que había escu- chado el diálogo de los jóvenes. Abrazó á La- garza y dió un beso en la frente á su nieta, orgullosa de sí misma.

E entonces Aristides con voz firme añadió. María delante de Dios y de nuestra buena ma- dre, la pido á usted la mano de esposa para cuando tenga asegurada con mi trabajo nuestra subsistencia.

—Si mi abuela es gustosa, contestó respe- tuosamente la niña....

—Sí, si repitió la anciana llorando como una Magdalena.

—Entonces no puedo ocultar que le amo á usted Aristides, y que trataré de hacerle feliz.

Esa tierna escena inundó de gozo á sus interlocutores. María puso la mesa. Lagarza hizo por almorzar algo, pero no pudo porque se hallaba hondamente impresionado. Después dijo que tenía que hacer varias diligencias y se ausentó. En cuanto aquellas mujeres se en- contraron solas la señora Ana no pudo resistir la tentación de cubrir de besos á su nieta. Ella se sepultó en los brazos de su sensible y cari- ñosa abuela, y aquel maridaje bienhechor de suspiros y lágrimas, fue para los dos seres, lo que es el manso rocío para las flores silvestres del prado, ó para los arbustos de la selva.

Trascurrido un año, el joven Lagarza se ha- bía reconciliado completamente con la virtud, acostumbrándose al trabajo y dedicando algu- nas horas diariamente al estudio. Era lo que se llama un hombre formal que en tan corto tiem- po modificó sus ideas, reprimió su carácter y hasta varió de aspecto. Al joven venal é irre- flexivo había sucedido el hombre pensador, grave, severo y prudente. Abella estaba alta- mente satisfecho de su comportamiento pues que dócil á las observaciones de los demás y en extremo aplicado, llegó á desempeñar su co- metido con acierto digno de elogio.



En el tiempo pasado desde su estancia en casa de la señora Ana, ¡cuántas lecciones de experiencia había recibido el joven! A los pocos días de entrar en la casa del banquero llegó á su poder el reloj que esperaba de Londres; deshízose de él con alguna pérdida, y aquel dinero le sirvió para recuperar sus ropas, y el anillo que debía á la memoria de su madre.

Aristides cuando se halló en estado de poder volver á penetrar en la sociedad que antes había frecuentado, recordó con dolor los mil espectáculos repugnantes que algún día le ofreciera, y el amor de María, que temía profanar con el trato de ciertas gentes, le sirvió de freno para contener los vagos deseos que alguna vez le asaltaban. Además la historia de sus desdichas se había relatado con odiosos comentarios en algunos círculos, y él no lo ignoraba. De labio en labio habían circulado rumores que se cebaban en su honra alimentándolos sus propios amigos. Muchos de aquellos hablaban de Aristides con desprecio, otros haciendo alarde de falta de compasión, y algunos hasta con encono, pero cuando todo el mundo supo que tenía ocupación digna en casa de Abella, cuando vieron que se entregaba al trabajo y al recogimiento para purgar sus deslices y rehabilitar su nombre, la murmuración cesó de asestar sus terribles dardos contra él, alcanzando que algunas personas hicieran justicia á sus sentimientos, en tanto que las demás acabaron por relegarle al olvido. Sin embargo, Aristides que no interrumpió ni un solo día sus visitas á la casa de la calle de Santa Isabel; asistía aunque de tarde en tarde á los sitios que en otro tiempo habían servido de teatro á sus calaveradas. Mas de una vez se encontró frente á frente con aquellos jóvenes que un día giraban en su torno como satélites de un bolsillo que brillaba mas que el suyo, recibiendo de ellos un saludo frío, alguna palabra evasiva ó ya una mirada indiferente. En el pecho del joven existía un precioso resto de noble orgullo y no acertaba á comprender la causa de por qué desmerecía á los ojos de muchos de aquellos que anteriormente empleaban con él los halagos de la adulación; sin duda no había advertido que en ciertos círculos, sumidero de la farsa de Madrid y archivo de sus miserias, además de juzgarse á los hombres por la primera impresión, estrechándoles afectuosamente la mano por rutina, aunque nos sean desconocidos, se tiene en poco á los que en humilde escala se presentan con carácter definido en la sociedad y con ocupación determinada. El vulgo de esas distinguidas gentes que así piensan, para dictar sus fallos, empieza por observar el porte del individuo, le escucha una vez, pero jamás se toma el trabajo de averiguar: ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿A dónde vá? Desde aquel instante la persona en cuestión es objeto de la simpatía general. Todos se honran con su saludo y aunque su misteriosa existencia de lugar á algunos comentarios, esa misma circunstancia sirve de palanca de Arquímedes para darle fuerza moral.

Por el contrario. ¿Quién es ese Lagarza? Empleado en el escritorio del banquero Abella; gana 40 duros al mes. Corolario. El mundo *fashionable* le mira por encima del hombro y en tanto ese mismo mundo colma de atenciones á muchas entidades misteriosas y logográficas; y si se presentan bajo la fase de un joven de aceptables formas, celebra su vervosidad, su descaro, su gracejo en el mentir y sobre todo su apostura y sus prendas exteriores cuando con el dedo pulgar apoyado en la sisa del chaleco se da aires de conquistador allí donde se cautiva la atención pública.

Aristides yacía abrumado con el peso de tantos crueles engaños, pero con los ojos puestos en María, que le servía de norte en su peregrinación y con la esperanza en lo futuro. Un día despachaba en el escritorio el correo, cuando un dependiente le vino á anunciar que el principal deseaba hablarle. Lagarza se presentó al banquero. Necesito, le dijo este, una persona de confianza que gire una visita á mis correspondientes de Andalucía. He pensado en

usted. ¿Tiene usted inconveniente en aceptar esta comisión?

—Ninguna contestó Lagarza, regocijado.

—Si como espero, la desempeña usted á gusto mío, tendrá usted un ascenso en mi casa y participación en algunos negocios.

El joven abandonó la corte por pocos días, cumplió su cometido con acierto, y á su paso por Granada tuvo ocasión de visitar á la marquesa del Saz, hermana de su madre y poseedora de una fortuna inmensa, la cual residía en aquella ciudad con sus dos únicos hijos. Esta bondadosa señora, que había rechazado al joven en la época de sus estravíos, le dispensó una tierna acogida. A su entrevista le dijo:

—Sé que has abjurado de tus errores, conduciéndote por el sendero del bien. Antes te rechazé porque lo creía necesario. Hoy puedes contar con mi cariño y mi apoyo. No carezcas de lo que te sea necesario, y recurre á mí en tus conflictos.

—Aristides la confió sus amores con la virtuosa María, describiéndola su situación, los peligros que había corrido y de que ella le había arrancado.

—Bien merece esa joven, añadió la marquesa, que te unas con ella. Yo aplaudo tu conducta. Hazla feliz y el cielo te recompensará.

(Se continuará.)

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

## EL JAPON.

SU IDIOMA SUS CIENCIAS Y SU LITERATURA.

Se ha creído por mucho tiempo que el idioma japonés, sino era un dialecto del chino, por lo menos tenía tanta relación con él, como el italiano y el español lo tienen entre sí, ó con su madre común el latín. Esta suposición, aunque no estaba basada en el estudio de los idiomas, se dedujo probablemente de que los japoneses entienden los escritos chinos, aunque no hablen esta lengua, mientras que recíprocamente los chinos entienden el japonés cuando está escrito en el carácter de letra de su país (uno de los muchos usados en el Japon) circunstancia que, aunque choca á primera vista, se comprende perfectamente recordando que los caracteres chinos espresan, no las letras ni los sonidos que no tengan significación propia, sino las palabras mismas, ó mejor las ideas significadas por ellas, y por consiguiente debe transmitir iguales ideas, espresadas por diferentes palabras, á todos los que conozcan el método de los caracteres ideográficos, del mismo modo que los numerales 1, 2, 3, transmiten idénticas ideas de números, á los naturales de diferentes países, aunque los espresen en cada uno de ellos con distintas palabras. También debe advertirse que, según se dice, los japoneses hablan un dialecto del chino además de su idioma nativo; pero no se sabe de positivo si este dialecto lo usan solo los hombres instruidos, ó si es el lenguaje común de alguna parte del imperio (Siebold).

El profundo y perfecto conocimiento de las lenguas orientales, adquirido después de muchos años por los filólogos científicos de Inglaterra, Francia y Alemania, ha declarado este punto respecto al idioma del Japon. El erudito Klaproth declara terminantemente en su *Asia poliglota*, que el japonés es del todo diferente, en construcción gramatical, á los demás idiomas conocidos, y tan característico que prueba que la nación que lo habla debe ser una raza distinta, y no como también se ha supuesto, una colonia china. Discutirlo no es de este lugar; y bastará una rápida ojeada á las muestras aducidas por Meylan y Fischer para ver la diferencia que existe entre el chino y el japonés. Todo el mundo sabe que el primero es un idioma monosílabo, mientras el segundo es polisílabo, ó mejor hiper-polisílabo, puesto que el pronombre Yo no puede ser espresado en japonés sino por medio de cinco sílabas *watakoesi* y para formar el plural *nosotros* es

preciso añadir otra palabra de dos sílabas *domo*, así *watakoesi-domo*, nosotros. Al mismo tiempo debe admitirse que de estas sílabas, algunas son usadas de modo que se pueden suprimir cuando se habla. Así, en los diálogos japoneses dados á luz por Overmeer Fischer, quien confiesa que su conocimiento de este idioma era únicamente adecuado á los objetos comunes de la vida, el *watakoesi* y el *watakoesi-domo* de la muestra gramatical de Meylan están abreviados con menos eufonía, pero mucho mas cortos, en *watarkfs* y *watarkfs-domo*.

Fischer dice que la pronunciación japonesa es flexible y dulce; Meylan que algunas de las letras no pueden ser articuladas sino por los naturales del país, cosa que parece muy verosímil, á juzgar por la difícil contracción del pronombre personal. El primero añade que en aquel idioma no existen los artículos y que la declinación de los nombres se hace mediante *pa'abras* que siguen al nombre declinado, como por ejemplo, el *domo* siguiendo y uniéndose al *watakoesi*, con objeto de formar el plural. En efecto, el nombre y naturaleza de la preposición están simplemente invertidos, yendo á continuación en vez de preceder, y participando así algo del carácter de la declinación. Con respecto á los verbos, permanecen inalterables en cuanto á la persona ó número, aunque varían en el tiempo.

El japonés tiene un alfabeto de cuarenta y siete letras, que pueden ser algunas veces dobles, colocando señales á las consonantes que modifican sus sonidos y los hacen ásperos ó dulces. Este alfabeto data del siglo VIII, y debe ser escrito en cuatro diferentes clases de caracteres, los cuales son, el *katakana*, que es el apropiado para los hombres; el *hiragane* igualmente apropiado para las mujeres; el *manyō-cana* y el *yamatogana*, cuya diferencia en el uso ó naturaleza no se sabe de fijo, pero que se dice muestran el tipo original de cada letra. Además de estas cuatro clases, el carácter chino es usado como una especie de escritura científica, probablemente un síntoma y consecuencia de que las artes y ciencias fueron llevadas de la China al Japon. En estos caracteres chinos se escriben ó imprimen todas las obras científicas ó que pertenecen á lo mas elevado de la literatura, así tambien como los documentos oficiales y públicos; pero los sabios emplean su *katakana* al poner anotaciones en los libros, cuyo texto está en caracteres chinos. Los japoneses, como los chinos, escriben en columnas de arriba abajo, empezando por la derecha.

Los libros que sirven para la instrucción de los niños ó los de la clase baja, están invariablemente impresos en letras *hiragane*, pero no nos han dicho que los que están destinados para las clases acomodadas, tienen indistintamente las cuatro especies de letras entremezcladas con el carácter ideográfico chino, estando una palabra y aun una sílaba escrita en una de las letras y la inmediata en otra, adición no pequeña á la dificultad de hacer progresos en la literatura de aquel imperio.

El Japon hace ya mucho tiempo que posee el arte de imprimir, de un modo suficiente para difundir la literatura, pero no para rivalizar con el esplendor de la imprenta de Londres: las imprentas japonesas constan de tipos móviles, y mas bien multiplican las copias manuscritas por medio de una especie verdaderamente inferior de estereotipia en madera ó grabados en la misma materia, que imprimen, según lo que entendemos por este procedimiento. No obstante, surten al público de libros, y nos han asegurado que la lectura es uno de los recreos favoritos de los hombres y mujeres de aquella nación, especialmente en la corte del *Mikado*.

La literatura japonesa comprende las obras de ciencias, historia, biografía, geografía, viajes, filosofía moral, historia natural, poesía, dramas y enciclopedias. Los holandeses hablan con mucha estima del mérito de las producciones del ingenio japonés; pero considerando que los individuos de la factoría en Dezima no pueden, por lo general, haber recibido la educación mas perfecta y escolástica, se nos debe



permitir el que recibamos su opinion con algun recelo.

Klaproth ha dado una version en francés de un tratado de geografia, y Titsingh ha traducido ó mandado traducir los Anales del *dairi* y los de los *ziogun* de la dinastía Gonen; de estas dos obras la primera es la mejor; no es muy estensa y sin duda manifiesta un delicado conocimiento de la geografia y formas de administracion de las tres dependencias del imperio, Corea, las islas Lu Chu y Yedo, incluyendo el archipiélago de las Kuriles. Sus defectos consisten en la aridez de estilo y pesadez, inevitables, quizá, en una descripcion geográfica, y en la escasez de datos estadísticos. Los Anales del *dairi* han sido últimamente corregidos y aumentados por Klaproth y es difícil concebir una narracion mas insípida de los nacimientos, matrimonios, ascensiones, abdicaciones y muertes, con alguna que otra peregrinacion, enfermedad y rebelion, siendo todo contado, aun lo último, de un modo que no interesa.

Los Anales de los *ziogun* adolecen del mismo defecto, aunque tienen entremezcladas algunas anécdotas curiosas; pero aun estas son muy pesadas, mientras que algunas de ellas están recogidas evidentemente por Titsingh ó sus

traductores japoneses (porque, segun Klaproth, Titsingh conocia poco el idioma y tenia que sujetarse á lo que le decian los intérpretes) de otras partes. Verdaderamente las tres obras, aunque estimables por las noticias que suministran, son tales, que cuesta no poco trabajo leerlas del principio al fin.

Se añadirá quizá, calificando la severidad de

al alcance de los lectores europeos: todos están en prosa y parte de ellos definen muy bien los objetos de que tratan.

De la filosofia moral, todo lo que se ha podido saber es que está distribuida (Siebold y Fischer) en comentarios sobre los preceptos morales del filósofo chino Kung-fu-tze ó Confucio, y sobre la mitología Sinto, en la cual está ale-

este crítico sobre lo que es tan poco conocido, que así como Klaproth censura las traducciones de Titsingh de poco exactas y de ignorancia en los idiomas holandeses y japoneses, él tambien es condenado por Siebold ó su coadyutor J. Hoffmann, á quien el sabio doctor empleó en hacer la traduccion de los extractos de diferentes obras del Japon. De las proporciones de J. Hoffmann para adquirir un idioma tan poco accesible á los que ordinariamente estudian, ó de sus adelantos en él, nada se ha dicho, ni se han suministrado los medios de juzgar sus conocimientos; pero como sus juicios críticos y sus traducciones han sido publicadas por Siebold en su *archivo*, deben recibirse como si llevasen la firma de este ilustre autor. Algunos de los extractos publicados en los últimos números del *archivo* se cuentan entre los mejores modelos de la cultura del Japon, y están pues: los mas



Armería Real.—La Bandera de Santiago.



Armatura de Felipe II.



Armatura del emperador Carlos V en la entrada de Túnez.



gorizada la sublime filosofía con las épocas de la creación. Las enciclopedias (de las cuales Mr. Remusat ha dado unas excelentes muestras en los manuscritos de la *Biblioteca del Rey*, tomo XI, página 123) parece no son mas que libros de pinturas con esplicaciones impresas, arregladas como los demás diccionarios del país, algunas veces por el alfabeto, y otras segun una clasificación poco científica de los objetos.

Del arte de la poesía, de su metro ó ritmo,

nada se ha dicho por ningun escritor; pero el presidente Meylan y Titsingh han suministrado algunas muestras, si puede decirse que las traducciones en prosa lo son de la poesía.

Citaremos algunos ejemplos:

Aíta kanbé  
Kawo mita kanbé  
Mamani kana sirvo  
Itasi ta kanbé  
Oeti siri tara

Sakamasi kanbé  
Si keuni war kanbé.

¡Si! ardiente es mi ansia  
Por mirar tu semblante  
Y hablar contigo algunas palabras;  
Pero debo renunciar á esto;  
Porque si en mi habitacion  
Alguna vez se divulgase,  
Que yo contigo he hablado,  
Entonces las penas serian dolorosas



RICO

Modas del mes de julio.

Porque ciertamente mi reputacion  
Se perdería para siempre.

La siguiente estancia moral se inserta, porque en ella hay algunas líneas mas largas que en ninguno de los otros ejemplos; pero no se sabe si es occidental ó si lo requiere la naturaleza del asunto.

Kokoro da ni makoto,  
No mitri ni kana finaba,  
¡U! no va tsoe to te mo kamí  
lama mo ramoe.

Recto sea tu corazón, y puro,  
Y las bendiciones de Dios  
Por toda la eternidad bajarán sobre tí;  
Las oraciones ruidosas no aprovecharán,  
Sino verdaderamente una conciencia limpia,  
Que adora y teme en silencio.

Una de las muestras de Titsingh, un corto poema sobre el asesinato de Yamasiro, conse-

jero de Estado, es mas poético, patentiza las alusiones á las antiguas historias ó leyendas, y los juegos de palabras que, segun se dice, son tan usados por los poetas del Japon. Uno de sus traductores franceses, ha añadido á su version en holandés otra en latin, casi literal y no mucho mas larga que la original, por cuya razon será mejor traducir aquella (si no literalmente, porque la singular colocacion de las palabras, como están ordinariamente en el latin, seria mas difícil) que copiar las duplicadas ó triplicadas traducciones, porque su obra fue publicada solo en francés é inglés y no en holandés. Debe advertirse que las partes de que consta el nombre del asesinado, siendo *yama* «montaña» y *siro* «castillo» se prestan perfectamente á los equívocos.

«Hace poco que he oido que el jóven consejero ha sido muerto en el castillo de la montaña por una nueva guardia.

«La túnica blanca de Yamasiro ha sido teñi-

da con sangre; todos contemplan en él al consejero enrojecido.

»En medio del camino del Este, al través de la aldea de Sanno, las bullidoras aguas brotaron, t aspasaron el dique del pantano, y el castillo de la montaña cayó.

»¿Quién arrojó al fuego los preciosos árboles plantados en vasos, los ciruelos y cerezos hermosos con sus flores? Fue Sauno quien los cortó.

»Así fue segado el infeliz consejero.»

Estos ejemplos bastarán; pero como la precision y el estilo del verso japonés no aparece en las traducciones holandesas, quizá una estancia de la traducción latina no será mal acogida.

Præcidisse  
Consiliarium minorem  
Nuper audiui,  
Tu montis castello  
Turbas excitantem novum custodem.



Añadiendo que las baladas, romances y canciones constituyen la mayor parte de los poemas japoneses, dejaremos ya este asunto. Respecto de los dramas no merece grande importancia todo lo que acerca de ellos hemos podido averiguar, y por lo tanto pasaremos de la literatura á las ciencias.

(Se continuará)

### LA ARMERÍA REAL.

#### III.

La parte céntrica del vasto salon de la Armería es indudablemente lo que mas llama la atención del curioso y del arqueólogo. Aquellas armaduras completas, aquellas sillas de montar que proceden de tan remotas épocas, nos recuerda todo el brillante estado de la caballería española durante la Edad Media. Por de pronto aparecen á la vista diversos cascos del mayor mérito histórico y artístico. El de Carlos V que el vulgo atribuye al emperador Julio César solo por traer la leyenda *sic tua invicta Caesar*, aludiendo á la figura que simboliza el Africa, sujeta por la Fama y la Victoria es de los mas notables. Fue construido en 1545 por Negrolí, segun consta en un rótulo puesto en su parte interior. Otro casco representa escenas de la vida de Baco y se atribuye á Cellini, lo cual es suficiente para demostrar su mérito, como otros muchos debidos á mas ó menos diestros artífices.

Las armaduras están dispuestas en filas y colocadas ya en pedestales de bellas formas imitando mármol, ya en sus correspondientes caballos ejecutados los mas modernos por los escultores Piquer y Perez. Dos de estas armaduras completas pertenecieron al emperador Carlos V, y una tiene el caprichoso carácter de las romanas que la aparta del grave continente que ofrecian las de la Edad Media. Fue la que le sirvió para coronarse en Bolonia, pero tambien están allí la que le sirvió para entrar en Tunez y otra del mismo emperador Carlos V, obra de Negrolí, que obtiene la admiración de los inteligentes. Vénse igualmente las armaduras de Fernando V, del célebre Hernán Cortés y del famoso cardenal Cisneros, la del político Felipe II, la del generoso don Juan de Austria, y la del monarca que expulsó de España á los moriscos, Felipe III.

Consérvanse tambien en la Armería Real dos armaduras de la tan piadosa como varonil y esforzada doña Isabel I, llamada *la Católica*, un peto de Felipe II, una armadura del duque de Alba y otra armadura del malaventurado Boabdil, el rey chico de Granada, último monarca de los árabes españoles. Las sillas de montar no son menos curiosas, como por ejemplo la que perteneció al esforzado don Jaime I, de Aragon, *el Conquistador*, dos que sirvieron al Cid Campeador, y una del mismo Felipe II, siendo no pocas las que se hacen observar por la perfección y riqueza de sus labores. Las espadas que pertenecieron á personajes de los mas notables de nuestra historia, son muy numerosas, como tambien las banderas, entre las cuales ocupan el primer lugar la de Santiago y de don Juan de Austria. El centro de las filas de armaduras le ocupan algunas piezas de la antigua artillería, y el resto del salon se halla materialmente atestado de armas y pertrechos de otras épocas, que constituyen la Armería de Madrid en una galería de armas cien veces mejor que las mismas de París y de Londres.

El brillante estado de arreglo y conservación de esta importantísima Armería se debe al celo con que hace algunos años la ordenó el señor Sensi, quien publicó su catálogo y hasta dió á conocer sus mejores ejemplares por medio de magníficas láminas que acompañaron una obra impresa en París acerca de la misma Armería. La entrada al público se facilita por medio de esquelas, y nada es tan conveniente para iniciarse en las costumbres antiguas los

que desconocen nuestra historia, como hacer una visita á la Real Armería.

### EL CABALLO.

#### III.

La Inglaterra posee tres razas de caballos bien distintas: 1.<sup>a</sup> el caballo de tiro ordinario, negro, de origen flamenco, que se cria en los condados del centro y que alcanza proporciones colosales: se ha intentado cruzarlo, y siempre se han obtenido malos resultados; 2.<sup>a</sup> la raza del condado de York, llamada tambien de Cleveland, caballos empleados en los trabajos de la agricultura, bayos, de gran talla, de bellas formas, y que cruzados con caballos padres de pura raza, producen excelentes caballos de tiro y de caza. Se prestan perfectamente al cruzamiento, y se les cree oriundos de Dinamarca; y 3.<sup>a</sup> en fin, los caballos llamados de *raza* por excelencia, ó caballos corredores, que son de los que vamos á ocuparnos.

Esta raza remonta solamente á unos doscientos años, y se ha obtenido por la mezcla de los caballos ingleses con los de Africa, Turquía asiática, y recientemente con los de Arabia.

Desde hace muchos años se publica en Inglaterra, bajo el nombre de *Stud-book*, un libro que contiene la indicación y genealogía de todos los caballos ingleses de raza. La descripción ó *Stud-book*, hace constar el origen y es el título de la nobleza hereditaria de sangre. A esta precaución que han tomado los ingleses para conservar su raza pura de toda mezcla, es debida la perfección a que ha llegado. Esta genealogía tiene mucho interés y valor, no solo por lo que se refiere á las carreras, sino tambien por que contiene la historia fisiológica del caballo y la manera de criarlo: establece la regularidad y fidelidad con que se transmiten de un animal á otro las cualidades de conformación y de carácter, y prueba incontestablemente que los cambios producidos en los caballos de ese país, han sido el resultado de la mezcla con caballos de regiones meridionales, explicando al mismo tiempo el sentido de las palabras tan comunmente empleadas y tan mal definidas de *raza*, y de pura raza (*blood* y *thorough-breed*).

Los caballos de esta clase privilegiada han sido cuidadosamente preservados, despues de la institución regular de las carreras, de toda comunicación con los caballos de una clase inferior.

El caballo de carrera (*race-horse*), criado con este objeto especial, presenta una conformación que le hace propio para lo que se exige de él. Su alzada es de 15 á 16 palmos (de 5 pies 4 pulgadas á 5 pies 10); pero se prefiere una alzada mediana y aun pequeña, á la que pase del tipo ordinario, pues pocos conocedores habrán dejado de observar que los caballos de gran altura no se han distinguido jamás por sus proezas en la arena (*turf*). El caballo de carrera debe ser de cuerpo esbelto; los miembros, con relación al tronco, un poco mas largos que en los caballos apropiados para resistir la fatiga ó desplegar una gran fuerza física, tales como los de tiro ó de caza. Bajo este punto de vista, el caballo de carrera, se aproxima mas al tipo árabe que al asiático. Su pecho es largo pero estrecho, conformación proporcionada con su ligereza; el lomo es bien hecho, oblicuo, pero generalmente mas bajo que lo requiere el empleo seguro y activo de las extremidades anteriores; la cruz un poco larga y la distancia entre la última costilla y el bacinete, mayor que en el caballo de caza, al que se exige mas fuerza y menos elegancia de formas; la grupa es larga, los cuartos traseros anchos, y los músculos bien desarrollados, cualidades estas últimas que reunidas á una gran ligereza, hacen que el caballo de carrera sobrepase al de las demás razas. La cabeza es larga, descarnada, y de mediano grosor; la frente ancha, los ojos grandes y vivos, las orejas delgadas, delgados los labios, y las narices bien abiertas; las venas

subcutáneas aparentes, y las quijadas bien separadas; el cuello un poco largo, recto y delgado, y la traquiarteria bastante visible. Por último, sus miembros son musculosos hasta las rodillas y los corbejones, y por bajo de estas articulaciones tendinosos, estirados y planos: las raillas son largas y oblicuas y los cascos bien conformados.

El conjunto de este animal indica la ligereza y la actividad, así como la velocidad; cualidades que aunque pueden reemplazar las que indican la fuerza, la seguridad del paso y la resistencia á la fatiga, no las compensan sin embargo. Si un pintor ó un escultor, quisiesen escoger un hermoso caballo por modelo, no tomarian seguramente el que nos ocupa; mas bien preferirian el corcel árabe ó andaluz, con su porte lleno de nobleza, de pecho y lomo cortos, y cabeza y grupa elevadas. Pero recordando el destino del caballo de carrera, acaba uno por reconciliarse con la singularidad de su conformación.

El color dominante de esta raza es el bayo, con las piernas negras: hay algunos negros pero son poco comunes, así como los tordos; pero los bayos claros, los rodados y los pios son enteramente escepcionales.

Despues de haber apropiado la conformación del caballo de carrera al desarrollo de ciertas cualidades, deben concurrir al mismo objeto su régimen, su alimento y su educación. Desde su primera edad, se le coloca en condiciones que pueden llamarse artificiales, con respecto al alimento y al ejercicio. Apenas separado de su madre, se le cubre bien con mantas y se le coloca en una cuadra bien templada. Sujeto al régimen de un alimento seco, y ejercitado segun las reglas, se le conduce al hipódromo á la edad de tres años y algunas veces antes si lo permite su robustez. En Inglaterra por una mala costumbre, se le hace correr comunmente á la edad de dos años, sistema que perjudica en mucho á esta raza, privando al animal del alimento que conviene á su edad; sustituyendo una disciplina artificial al ejercicio natural que exige un animal joven é imperfecto, y usando sus facultades antes de que haya alcanzado su entero desarrollo. Esta costumbre afecta no solo á los individuos; sino que obra tambien sobre la raza.

El régimen á que se sujeta al caballo de carrera tiende á producir una madurez forzada en sus músculos y sus huesos, y á sostenerlo en lo que en el lenguaje tectino se llama *condición*, no concediéndole reposo sino despues de la estación de las carreras. Le dan un alimento seco y nutritivo, y le mantienen en una temperatura elevada, calentando la cuadra yteniéndole constantemente envuelto en mantas sin las cuales rara vez le esponen al aire libre. Por medio de este sistema, se interrumpe en el animal la secreción de la grasa; se le conservan en actividad continua los órganos de la respiración, y sus fibras musculares adquieren una tensión que le hace capaz de desplegar sus facultades hasta el mas alto grado. En una palabra, lo que el calor y la aridez del suelo producen en el caballo árabe del desierto, lo da un régimen artificial al caballo de carrera inglés, sobrecitando su sistema general y condenándole á una muerte prematura.

Estos caballos no van por lo general al pica-dero, ni se les adiestra en ninguno de los ejercicios del caballo de silla: desde muy jóvenes se les acostumbra á la lucha, haciéndoles correr juntos en un terreno llano, y se les ejercita en el galope natural, sin cuidarse de que carguen el centro de gravedad en los cuartos traseros, ni de dar á sus extremidades anteriores un movimiento mas seguro y levantado. Para los caballos de carrera, basta que corran rápidamente el terreno en que se les ensaya, y para conseguir mayor velocidad se les deja echar el cuerpo para adelante, por mas que esto sea contrario á todas las leyes de la equitación. Esta es la razón por lo que se les hace montar por jóvenes de un peso muy ligero, á fin de que no cargen sobre los cuartos posteriores. Así se les ejercita continuamente, y no se les exige mas



sino que respondan á la presion de la brida, lo bastante para detenerlos, ó para que varien de direccion.

Como se ve, pues, esta especie de educacion, tiende á un objeto único que no es aplicable á ningun otro caso. Los caballos así enseñados son inhábiles para todo trabajo útil, y tienen el pie tan poco seguro que es peligroso montarlos en un terreno escabroso, y algunos tropiezan hasta en el suelo llano donde se les ejercita. Muchos llegan á obedecer tan mal á la brida, que en las carreras es necesario dirigirlos con una gamarra, por mas que esto estorbe la velocidad requerida.

Cuando se aproxima la época de las carreras, se exagera aun mas el régimen á que se hallan sujetos estos caballos, y á él se añade el empleo de medicinas purgantes, y de una traspiracion forzada mas continua. Despues de cada traspiracion y cuando tienen los poros bien abiertos, se les almohaza y frota hasta que quedan bien secos, y en seguida pasan de las manos del palafanero á las del groom que los tiene en un continuo ejercicio.

El efecto de este tratamiento se deja ver en pocos dias, poniendo en relieve los músculos, los tendones, las venas subcutáneas, y desarrollando la fuerza y la velocidad de los movimientos del cuerpo y de los miembros; pero al mismo tiempo obra sobre la economía general, escita al exceso los órganos de la circulacion, debilita los órganos digestivos, y engendra muchas enfermedades: así, como dejamos dicho, estos caballos no viven mucho tiempo, y están sujetos á diversas afecciones de los miembros y de las vísceras; y bastantes entre ellos sucumben á sus primeros ensayos en el turf, ó en los ejercicios preliminares.

La costumbre de las carreras, tan estendida hoy en toda Europa, merece tambien por sí misma que la tomemos en consideracion, no solo porque se ha hecho un espectáculo que interesa á la generalidad, sino porque, tomada en su origen, ofrece un cuadro curioso del gusto público y de las costumbres inglesas.

Existen hoy en las islas Británicas 153 carreras de caballos en vigor, á saber: 132 en Inglaterra, 9 en el pais de Gales, 9 en Escocia, y 3 en Irlanda. El valor de las puestas y de los premios se eleva á 623,625 pesos, suma que no es sin embargo mas que una fraccion de las que cambian de mano por medio de las apuestas. El número de premios reales, que llaman *vagilla del rey* (*Kings plate*), es de 50; y en la actualidad se hallan convertidos en numerario, siendo de 100 guineas (560 pesos) cada uno.

## LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS VIVIENTES.

### LAS SERPIENTES

Notables estos animales, dice un autor alemán, por la rapidez y la agilidad de sus movimientos, si bien no tienen los medios de locomocion que los demás animales; dignos de admiracion por su forma, por su hermosura y la brillantez de la piel, por su instinto y su fortaleza, deben ocupar nuestra atencion y fijar nuestras miradas. Pero no debemos asustarnos al oír pronunciar la voz *serpiente*, por mas que el temor que se las tenga sea general; considerémoslas con prudencia y sin proscibir las en masa, tengamos presente que, segun Linneo, de ciento treinta y una especies de serpientes solo veinte y tres han sido consideradas como venenosas. De las que viven en Europa, solo son temibles dos ó tres, á pesar de ser unas diez sus especies, y no encontrándose en muchas provincias ni la víbora ni el áspid, muchos de sus habitantes pueden estar libres de todo temor.

No obstante, no quiera Dios que inspiremos á nuestros lectores una necia seguridad, porque solo tratamos de debilitar el sentimiento á veces bien funesto por sus perniciosos efectos, mas que por el motivo que lo produjo, y capaz de causar estragos terribles que en medio de la calma nada hubieran tenido de alarmantes. ¿Por

ventura os ha mordido una serpiente?—Pues sin que queramos daros completa confianza acerca de las consecuencias de la herida, ni insinuaros que dejes de tomar precauciones para evitar la accion de tan porzoñoso licor que hubiese podido mezclarse en vuestra sangre si el reptil fuese venenoso, deseamos esteis prevenidos contra un mal fundado miedo acaso mas peligroso que el mal mismo. A esas angustias, á ese desasosiego que agita vuestro ánimo, debéis oponer el consolador y razonable cálculo de la probabilidad. Debeis conocer pues vuestros enemigos; sabiendo distinguir las serpientes venenosas de las que no lo son y olvidando tambien si es posible, que son portadores de la muerte, para estudiar con menos repugnancia sus caracteres, sus costumbres y sus hábitos. ¿Temeis engolfaros por esas espantosas soledades, por esos bosques inmensos en donde residen los terribles reptiles de que se trata? ¿No podréis siquiera sufrir su presencia? Pues bien, seguid á esos intrépidos viajeros que supieron hacerse superiores á horror tan natural; leamos sus obras en las que consignaron sus observaciones acerca de estos animales; escuchemos sobre todo á sus mas célebres historiadores. Veamos con semejante guia lo mas interesante que nos ofrezca su historia.

Componen las serpientes el orden de los *ophidios* de Brongniart y son, junto con las ranas, los sapos, las hylas y las salamandras, los únicos reptiles que no tienen mas que una aurícula en el corazon; si bien las serpientes se aproximan á los primeros cuadrúpedos ovíparos bajo otras muchas relaciones. Tienen largas y arqueadas costillas; sus órganos genitales son exteriores; las hembras ponen huevos cuya cáscara es calcárea, y no obstante blanda, diferenciando en esto de los de las tortugas y lagartos. Al nacer los hijos, son parecidos á sus padres, pero si los ophidios tienen caracteres comunes con los chelonios y los saurios, alejanse de ellos por la falta de esternon, y de todos los reptiles, por la falta de patas. ¿No es sorprendente ver á un animal destituido de pies, ganar sin embargo con increíble rapidez un espacio considerable, correr como un rayo, levantarse, y hasta sostenerse perpendicularmente no apoyando en tierra mas que la estremidad inferior del cuerpo?... ¿No es cosa admirable verle subir á la cima del mas encumbrado árbol en brevísimos momentos?... Nada igualmente con velocidad, porque la naturaleza sabe variar sus medios, y reemplaza, á favor de una conformacion distinta los órganos ordinarios del movimiento de que carecen los animales de este orden. Numerosas vértebras dorsales, gran facilidad en las articulaciones para moverse en todos sentidos, y una especie de oblongacion en las vísceras interiores, son los medios suplementarios con los cuales ejecutan los ophidios los movimientos de la mayor parte de los demás reptiles, conviniéndoles sobre todo, y aun casi exclusivamente, esta última denominacion. Y siendo los únicos que propiamente hablando rastrean ó reptan; de aquí les vino á esos animales el nombre de *serpientes*.

(Se continuará.)

### LOS CEDROS DEL LIBANO.

Dejando á Bshirrai se empieza la subida del Libano, y al cabo de hora y media se llega á una meseta poco estensa, que parece en parte cultivada, aunque en ella no se descubre habitacion alguna. Riégala un riachuelo, y á la izquierda, á cosa de media legua del camino que conduce desde Bshirrai, por la montaña, al valle de Balbec, se encuentra el famoso bosque de los Cedros, de esos árboles notables, no solo por su altura y antigüedad, sino tambien porque descenden de los que tan á menudo se mencionan en la Sagrada Escritura. El lugar donde están es retirado. Crecen en una hondonada, al pie de la parte mas alta de la montaña, que forma en aquel sitio un anfiteatro natural. Desde el camino parecen un grupo de

encinas que se han librado del hacha; pero en cuanto uno se acerca se conoce su especial mérito. Pertenecen á distintas generaciones: de los mas viejos quedan pocos.

Estos patriarcas del mundo vegetal tienen una estructura notable; cuatro ó cinco troncos gruesos salen de una sola base y se elevan juntos á la altura de 10 ó 12 pies, comenzando luego á estenderse horizontalmente. Medida la circunferencia de uno de estos cedros, subia á unos 30 pies. Además hay 40 ó 50, sino tan grandes, muy hermosos, y muchos pequeños. Los troncos de los mas antiguos están cubiertos de nombres de viajeros, y algunos llevan la fecha de 1640. Los cedros del Libano se elevan en un terreno desigual, cubierto de rocas y piedras, que tiene una milla de circunferencia y en ninguna otra parte del Libano son tan considerables su grupos. Allí el viajero, sentado bajo una de aquellos venerables árboles, se abandona á las gratas ideas que sugiere el pais celebrado por la Sagrada Escritura, y cuyas imágenes se mezclan á los primeros cuadros de la infancia.

JORGE ROBINSON.

### DECLARACION AMOROSA.

#### UN AMANTE Á SU AMADA.

Si tú, hermosa, me quieres  
Cual yo te amo,  
Dame, por Dios, te pido,  
Tu blanca mano.  
Si á esto no accedes,  
Voy á pensar, bien mio,  
Que no me quieres.

#### CONTESTACION DE LA AMADA.

Muy de prisa la pides;  
Mas lo que quiero,  
Es que tú te la ganes  
Dedo por dedo.  
Si no te atreves,  
Es probable, bien mio,  
Que no la lleves.

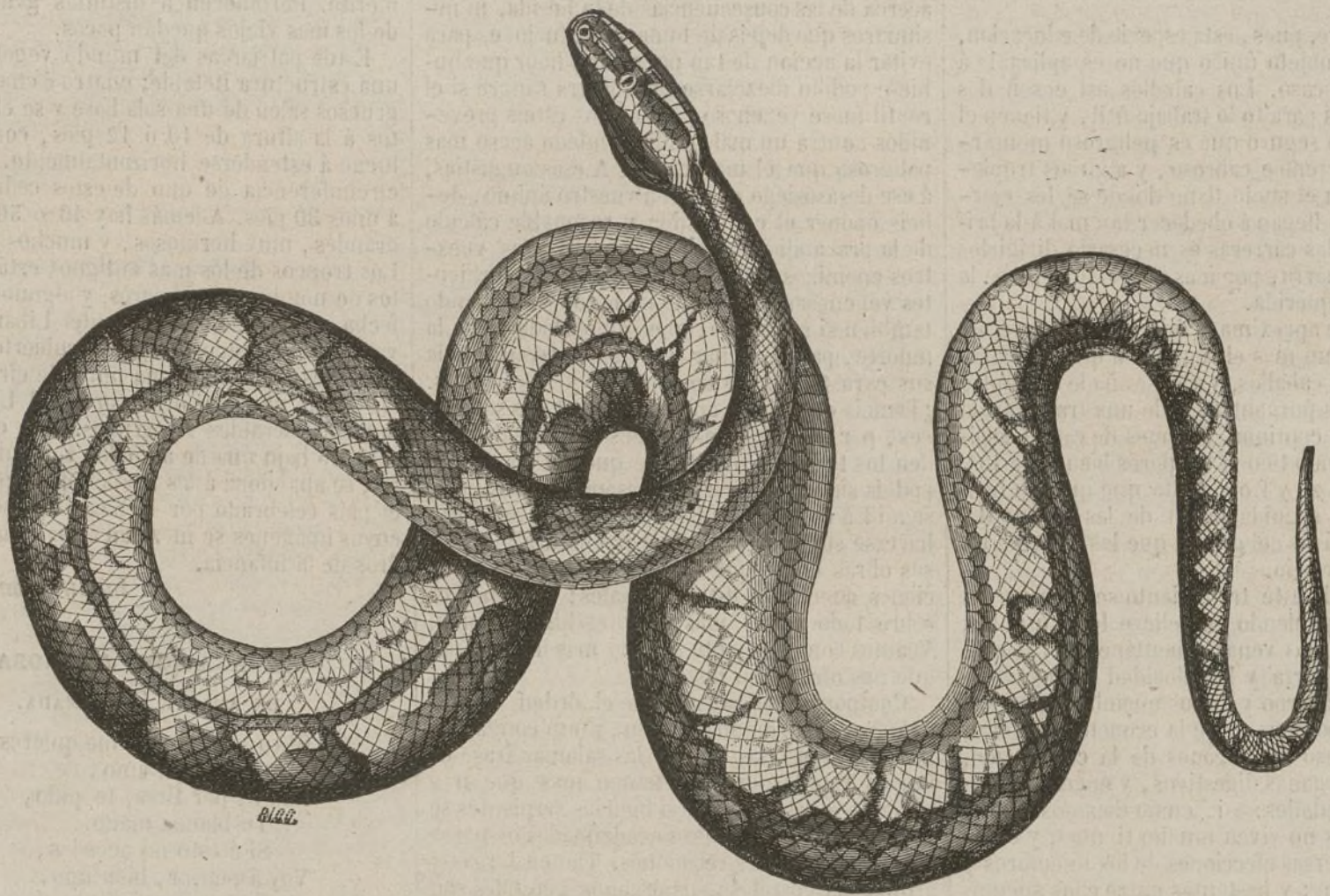
R. Z.

### MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON.

El calor invade los recintos todos de la coronada villa y la sociedad elegante se disuelve, si podemos valernos de frase tan atrevida. A lo menos preguntad á vuestras amigas, á vuestros contertulios á vuestros adoradores, y os diran que todos se marchan, que la corte va á quedar desierta, porque al calor, como no es la belleza, ni el dinero, ni la moda, nadie le rinde culto. Pero ciertamente está de moda el salir de Madrid, cuando los paseos del Prado y de la Fuente Castellana quedan paulatinamente desiertos y sin el lujo de los magníficos trenes y de las elegantes mujeres que poco ha los embellecian. Y sin embargo, al observar la emigracion general, cuando se sabe que la mayor parte de damas elegantes y de familias aristocráticas se ausentan, siguiéndoles do quier esta parte flotante del sexo feo que se llama juventud de buen tono, preguntariamos de buena fe si es que en efecto hace calor en Madrid, y antes no le hacia, porque la verdad es que desde muy pocos años á esta parte es cuando ha entrado en moda el abandonar la coronada villa. Desacierto del lujo tanto mas sensible cuanto que cada año gana en salubridad y en frescura la estacion del verano en la corte, mérced á la abundancia de aguas, al continuado riego, al ensanche y mejoras higiénicas que se suceden unas á otras con tanta rapidez como acierto.

Preciso es pues conformarse con la moda y salir ó decir que se sale, aunque bastarán poquísimos dias para obtener nota de elegante y de persona del gran mundo, solo con bañarse seis veces en el Cabañal de Valencia, ú otras tantas en las aguas de Barcelona ó Santander. El caso es salir, no importa que sea para poco tiempo, pues siempre puede uno escusarse con que las ocupaciones ó la enfermedad del tío ó





Los grandes y los pequeños vivientes.—Las serpientes.

del sobrino no le permiten ir á Londres, punto de reunion de la sociedad de buen tono, mejor dicho de todo el que por satisfacer su curiosidad puede gastar su dinero, que es la manera mas lastimosa de gastarlo.

De todos modos los magníficos almacenes de la Puerta del Sol y de la calle de Espoz y Mina, han ofrecido al capricho de las damas cuantos géneros propios de la estacion se hacian indispensables para preparar una interesante *toilette* de temporada de baños. Las *Italianas* de la calle de la Salud apenas han podido satisfacer los numerosos pedidos de sombreros de paja para salir á veranear, ya lejos de Madrid, ya solo en los cercanos sitios reales. *Aimable*, conocidísimo en Madrid por la bondad y elegancia de sus sombreros ha tenido simpatías y aéreas *pastoras* y *marineras* que daran mayor realce á los graciosos rostros de las bellas viajeras. Pero no solo el sexo débil ha podido escoger lindisimos trajes sino que su compañero de peregrinacion y viajes sobre la tierra ha tenido tambien ocasion de engalanarse con equidad y con gusto. El inteligente camiserero de la calle de Espoz y Mina, señor Rico, ha ofrecido á sus parroquianos un surtido inmenso de géneros propios para la calurosa estacion que atravesamos, no hallando competencia sus finísimas telas, sus pecheras sobremanera delicadas y sus puños y cuellos de mil diversas formas. Todo en fin concurre para que los equipos del viajero sean inmejorables y se hallen al alcance de todas las fortunas.

Entre tanto, para aquellas de nuestras lectoras que no quieran abandonar la corte, como igualmente para las que prefieran lucir sus galas en nuestras provincias meridionales ó en los países extranjeros, nos apresuramos á ofrecerles los adjuntos figurines, cuyos detalles son los siguientes:

*Traje de visita.*—Vestido de gró de Tours color de hoja seca adornado de un volantito rizado. La falda del vestido debe ser algo mas corta de lo que sea necesario y toda alrededor cortada en picos; por el revés se cose el mencionado volantito por arriba de los picos haciendo que salga unos cuatro dedos bajo de estos. Manga ancha de codo adornada de encaje negro. Cinturon de petos con caidas estremadamente anchas adornadas tambien de un encajito. Mangas de batista. Sombrero de crespon blanco, adornado de encaje blanco y negro y sobre la frente un gran grupo de hojarasca entre verde y seca.

*Traje de campo.*—Vestido de piqué color de ceniza, y marinera de la misma tela. El bajo de la falda y las delanteras, bolsillos y mangas de la marinera están bordadas de trencillita negra. Sombrero de paja á la marinera con plumas verde-mar y terciopelo negro. Cuello alto y mangas lisas de batista.

ADELA

## CANTARES.

Quando pa-é por tu casa  
¿Quién vive?... al verme gritaste;  
Solo con la mala idea  
De, si aun vivia, matarme.

Las pestañas de tus ojos  
Son mas negras que la mora,  
Y entre pestaña y pestaña  
Una estrellita se asoma.

En lo profundo del mar  
Hay un castillo encantado,  
En el que no entran mujeres  
Para que dure el encanto.

Todo el que tira la piedra  
Y esconde despues la mano,  
Es, aunque no lo parece,  
El mas malo de los malos.

El querer es una hoguera  
Que en nuestro pecho se enciende,  
Por eso cuando queremos  
Toda nuestra sangre hierve.

AUGUSTO FERRER.

## PENSAMIENTOS.

Si dices cuanto te acomoda, tendrás que oír  
cosas que no te acomodan.

Chilon de Lacedemonia.

Para que nazcan virtudes, es necesario sembrar recompensas.

Máxima oriental.

No es menos precioso el diamante porque caiga en un basurero, ni menos vil el polvo que el viento levanta hasta las nubes.

Vergara.

Sempre es mejor el silencio que la plática,  
á no ser que sepas de fijo lo que vas á decir.

Isócrates.

Las acciones son mucho mas sinceras que las palabras.

Scuderi.

La delicadeza es en las afecciones, lo que la gracia en la belleza.

De Gérando.

Por todo lo no firmado J. GASPARD,  
\* editor responsable.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.